

CAPÍTULO IX

Division del reino.

Aquí comienzan los distintos reinos de Israel y de Judá: el primero más populoso, el segundo más importante y rico, que poseía la ciudad capital y el templo, centro de la unidad de la nación. Para destruir esta unidad, Jeroboam, elegido rey de Israel, prohibió á los suyos asistir á aquel templo, mezcló nuevos ritos con los mosaicos, confió las funciones sacerdotales á individuos que no eran de la estirpe de Levi; y despues «apartándose de las aguas de Siloe para dirigirse á Basin, levantó en Betel y en Dan ídolos y erigió altares á un Becerro de oro. Minadas así las creencias en que consistía la fuerza de la nación, vacilantes los israelitas entre el culto de Jehová y el de Moloc y Baal, unos se reunían para orar en Betel, otros en Cálgala, otros en el Carmelo, en el Tabor, en Masfá ó en Siquem; y Jeroboam consentía todo esto no considerando la religion sino como instrumento de política; ni ya volvió á presentarse entre los hebreos un legislador como Moisés, capaz de restablecer la unidad. Los escribas y la clase ilustrada se pervertían bajo el mando de reyes idólatras y afeminados; los hombres celosos del bien público, no tenían más poder que el de la palabra; y así los profetas salían por las calles amenazando con el castigo del Señor. La teocracia pura establecida por Moisés, ofrecía un continuo contraste con la monarquía teocrática, organizada á la manera oriental; la constitucion dada en el desierto como ley de libertad política, había venido á parar en ley de esclavitud. Las contradictorias influencias de Egipto y de Asiria se aumentaron tanto más, cuanto más se debilitaba el reino, á cuya desmembracion es evidente que contribuyó la diplomacia egipcia. Jeroboam había sido educado en la córte de Menfis, y la ereccion del becerro de oro indica la introduccion del culto egipcio. Por el contrario, Roboam se inclinaba á las costumbres caldeas. Entre estos males, el deseo de mejorar de condicion aumentaba la esperanza de un Redentor.

En Israel, cuya capital era Siquem, muerto Jeroboam subió al trono Nadab, su hijo, á quien el Señor entregó en manos de sus enemigos siendo asesinado por Baasa capitán de sus guar-

dias. Este, reinando por medio de los peores artificios hizo dar muerte al profeta Jehú, y coligándose con Damasco, redujo á Judá al último extremo. Sucedióle en el trono otros malvados, que hicieron arrepentir al pueblo de haber pedido reyes. Él fué muerto por su general Zambri, á quien el pueblo reemplazó con Amri, «que se portó más perversamente que ninguno de sus predecesores,» y fundó á Samaria, designándola como capital de su reino. Acab, su hijo, desertó enteramente de la religion nacional; se casó con Jezabel, hija del rey Sidon, y coligándose con éste, introdujo en su país el culto fenicio de Baal, al cual consagró la reina cuatrocientos falsos sacerdotes, poniendo otros tantos en los bosques sagrados para el culto de los ídolos, mientras meditaba el exterminio de los verdaderos profetas.

Pero ni lisonjas, ni amenazas pudieron imponer silencio á Elias que tronaba contra los desórdenes del rey y de la reina y contra la inhumana impiedad del culto de Baal; tanto que el pueblo, sublevándose, mató á los sacerdotes profanos. También se conculcaba la justicia á cada paso. Queriendo Acab extender los jardines reales, pidió á Nabot que le vendiese su pobre viña, que estaba inmediata á ellos; y negándose Nabot á privarse de la herencia de sus padres, Jezabel sobornó á los jueces, los cuales lo condenaron por blasfemo. Elias dijo á la reina: *Aquí donde los perros lamieron la sangre de Nabot, lamerán también la tuya.* Cumplióse esta profecía, y Acab, aunque había hecho alianza con el rey de Judá, habiéndose empeñado en una guerra contra Damasco, perdió en ella la vida.

Ocozias, su hijo, siguió las huellas de su padre; Joram, su hermano, aunque conservó los becerros de oro, prohibió el culto de Baal; permitió las reuniones de los profetas, respetó á Eliseo y conservó amistad con el rey de Judá. Algun tiempo despues fué muerto por Jehú que arrojó el cadáver á la viña de Nabot y exterminó la raza de Acab, matando los setenta hijos restantes.

Jehú proscribió el culto de Baal; reunió á los sacerdotes de este culto bajo pretexto de un sacrificio, los degolló y derribó el templo, pero dejó en pié los becerros de oro. Los reyes de Damasco le quitaron todo el país que poseía al otro lado del Jordán. Muerto Jehú, su hijo Joa-

caz continuó la guerra contra Damasco, siempre con mal éxito; Joás, su sucesor, venció á los reyes de Judá y de Siria, y tuvo en gran estima al profeta Eliseo, si bien toleró la continuacion del culto de los ídolos y de las alturas consagradas. La misma conducta siguió Jeroboam II que, siendo afortunado en las batallas, recobró el territorio que había perdido el reino de Israel.

A su muerte siguieron largos desórdenes hasta que le sucedió su hijo Zacarías; pero en el mismo año fué éste derrotado, y con él terminó la estirpe de Jehú y la prosperidad de Israel. Política, religion, costumbres, todo se trastornó: «Los israelitas, humillándose al culto de los dioses extranjeros, siguieron las vías de las naciones que Dios había exterminado á su vista; consagraron en todo el país alturas para el culto de los ídolos, desde las aldeas de los pastores, hasta las ciudades fortificadas, y erigieron altares y estatuas en todas las colinas y en todos los bosques frondosos.» No dejaba el Señor de amonestarlos por boca de los profetas, pero no daban oídos á su voz; y despreciando la alianza hecha con él, siguieron las vanidades extranjeras, se fabrican becerros de oro, inclinándose ante una turba de divinidades, prestando crédito á los adivinos, y consagrando sus hijos á Baal por medio del fuego. Por tanto, el Señor los abandonó á las discordias intestinas y á la opresion extranjera. Sellum, matador de Zacarías, fué un mes despues derrotado por Manahem, que reinó hasta el año 754.

Los asirios miraban como enemigos á los hebreos y á los de Tiro, porque desviaban hácia el desierto y el Mar Rojo el comercio, que ellos querían concentrar exclusivamente en Babilonia. Guiados, pues, por Ful, invadieron el reino de Israel, y por primera vez se contentaron con imponerle un tributo; pero cuando Faceia, hijo de Manahem, fué muerto por Facea, que le sucedió, Teglat Falasar, rey de los asirios, volvió á Israel, destruyó á Damasco, é impuso tributo á los israelitas. Oseas, matando á su predecesor, ocupó el trono despues de ocho años de anarquía; y aliándose con el Egipto, intentó rescatarse del tributo que pagaba á los asirios. A los egipcios nabria importado estrechar su alianza con los hebreos, para oponerlos como barre-

ra al ejército de los asirios; mas no parece que conocieron bien lo que entonces les convenía. De todos modos, irritado Salmanasar, rey de Asiria, declaró la guerra á Oseas, tomó á Samaria y concluyó con el reino de Israel, trasladando sus habitantes al centro de Asia. En las ruinas de Samaria se establecieron colonos persas y medos que, mezclados con los restos de los indígenas, introdujeron en el país la idolatría, y así se formó aquel pueblo mixto que tuvo el nombre de Samaritano.

Entre tanto en Judea reinaron veinte príncipes de la estirpe de David, habiendo pasado el trono por línea recta de padres á hijos. Allí estaban la Ciudad Santa y el templo de Jehová; los sacerdotes descendían de Aaron y se esmeraban en conservar al pueblo en el buen camino; y del reino de Israel habían acudido á establecerse en Judea los que no podían avenirse con la rebelion y la apostasia. Pero Roboam, temiendo acaso que aún las dos tribus que le habían quedado lo abandonaran, les concedió libertad religiosa y bosques y colinas profanas, y toleró el ejercicio de cultos obscenos. Vióse atacado en su córte por Sesac, rey de Egipto, que saqueó á Jerusalem, y volvió á ser destruido. Abiam, su sucesor, imitó su ejemplo; pero Asa derribó los ídolos, purificó el culto de las abominaciones que se habían introducido, y disuadió á su madre de presidir á las torpes ceremonias de Priapo, si bien no prohibió las supersticiosas peregrinaciones á las alturas. Venció á Zarac, rey de Etiopia, que había ido á atacarlo, pero no había podido resistir al rey de Israel unido al de Damasco, si no hubiese logrado destruir esta alianza.

Josafat restauró el culto de Jehová; combatió con fortuna contra los moabitas, amonitas, idumeos; hizo alianza con Israel, é intentó, aunque en vano, restablecer la navegacion en el Mar Rojo hasta el país de Ofir. Su sucesor Joram estrechó la alianza con el rey de Israel, tomando por esposa á Atalia, hermana de Jezabel; pero ésta lo indujo á adorar los ídolos de los fenicios. Joram dió muerte á sus hermanos, y no pudo evitar que la Idumea se hiciese independiente. Ocozias, obediente á los consejos de su madre y á los ejemplos de su padre, participó del castigo de la familia de Acab, como había participado de sus iniquidades, pues Jehú

le quitó la vida en el mismo día que á Jorám, rey de Israel. Atalia, con el exterminio de la raza reinante se allanó el camino del trono, y consolidó el culto de los ídolos. Pero Joás, hijo de Ocozias, se había librado la matanza; y criado en secreto por los sacerdotes, éstos al cabo de siete años lograron ponerlo en el trono, dando muerte á Atalia. El pontífice Joyada, salvador de Joás, gobernó en su nombre, renovó el pacto entre el rey, el pueblo y Dios; destruyó los ídolos y devolvió al templo su primitivo esplendor. A su muerte Joás prevaricó, é hizo apedrear á Zacarías hijo del pontífice, que lo amenazaba con la cólera del Señor. Y el Señor movió contra Judá y Jerusalem á Hazael rey de Sira, el cual les impuso tributo.

Muerto Joás por sus guardias, Amasías deroto á los idumeos, pero prestó homenaje á los ídolos de los vencidos, y por ello recibió en breve el castigo, pues Joás rey de Israel lo hizo prisionero, y saqueó á Jerusalem. Sucedióle Ozias ó Azaías, el cual quiso usurpar las funciones sacerdotales ofreciendo el incienso, y fué atacado de lepra. Joatám respetó los preceptos del Señor, y movió guerra contra Damasco. Su sucesor Acáz, para oponerse á la alianza de este reino con Israel, impetró el auxilio de Teglát y Falsar rey de Asiria, que destruyó el reino de Damasco; miserable socorro comprado con la ruina de sus vecinos y con el oro del templo Acáz, obstinado en la culpa, molestó los hombres, y odioso á Dios, restableció el culto de Baal y de Moloc, á quien consagró su hijo haciéndole pasar por el fuego; é introdujo varias innovaciones en los ritos de Jerusalem.

Remedio Ezequías los desórdenes de su padre, apoyándose en la Alianza egipcia, restableciendo los sacrificios, purificando la casa de Dios, é invitando á tomar parte en las solemnidades á los Israelitas que se habían librado de la esclavitud del Salmanasar. En su tiempo, florecieron Isaías, Oseas y Amós, con los cuales comienza una nueva serie de profetas que no se interrumpió por espacio de 300 años. Estos le infundieron ánimo cuando atacó á Jerusalem Senaquerib rey de Asiria, cuyo ejército fué destruido por el ángel de Dios.

Este rey, de regreso á su país, se vengó de la afrenta sufrida haciendo dar muerte á mu-

chos hebreos de los que allí tenía esclavos. Entonces Tobías ejerció su caridad consolando á los vivos, dando sepultura á los muertos, y Dios recompensó sus bondades con la mejor de las bendiciones, la de un buen hijo y una excelente nuera.

Muy diverso de Ezequías fué Manasés, el cual propagó el culto fenicio, y colocó un ídolo en el templo de Jehová; profanaciones que luego lloró cuando se vió llevado esclavo por los asirios. Durante su esclavitud, Judit salvó á Betulia matando á Holofernes, general Babilonio que la sitiaba. Manasés volvió á Jerusalem corregido por la desgracia, y restableció el verdadero culto, si bien no impidió á los judíos ofrecer sacrificios en las colinas. Amon, su hijo y sucesor, lo imitó en las culpas, no en la penitencia, y muy pronto le dieron muerte.

Josías pensó en poner remedio á tantas impiedades, perjudiciales hasta para la existencia de la nacion, pues que el Nilo y el Eufraates acabarian de esta manera por absorber á Israel. Mientras se estaba edificando el templo, se encontró un ejemplar del código de Moisés que se había librado de la destruccion decretada por Manasés; leyéndolo el piadoso rey, lloró las enormes violaciones de los preceptos del Señor, y proponiéndose hacer que en adelante fuesen observados rigurosamente, desconsagró los templos, bosquecillos y alturas dedicados á los dioses extranjeros, y celebró la Pascua con solemnidades tales como no se habían visto desde los tiempos de Samuel.

Durante su reinado los asirios sucumbieron bajo el poder caldeo; y Nabucodonosor, rey de los caldeos, y Astiages, rey de los medos, tomaron á Nínive. Para oponerse á sus proyectos Neco, rey de Egipto, se dirigió hácia el Eufraates con un poderoso ejército, pasando por la Palestina. Josías salió á su encuentro, y murió en la batalla. Joacaz, su hijo, fué desposeído por Neco, el cual puso en el trono á Joaquin, hermano de aquél, como príncipe tributario. Pero cuando la batalla de Ciresio despojó á Neco de sus conquistas en Asia, Joaquin quedó hecho tributario de Nabucodonosor. Más desventurado su hijo Jeconías, habiendo negado el tributo, despues de tres meses de reinado, fué trasladado por Nabucodonosor al centro del Asia con la mejor parte de su nacion.

En su lugar puso el rey caldeo á Sedecías, hijo de Josías; pero habiéndose aliado éste con el Egipto para sacudir el yugo de la dependencia, Nabucodonosor volvió por tercera vez á Jerusalem, la tomó y destruyó; hizo sacar los ojos á Sedecías, despues de haberle hecho presenciar la muerte de sus hijos, y se lo llevó á Babilonia con los restos de su nacion, las riquezas y los vasos sagrados del templo.

Estos males habían sido pronosticados por Isaías, Miqueas, Jeremías, Sofonías, Ezequiel y otros profetas, los cuales procuraban atraer al pueblo y á los reyes al culto de aquella religion que los había unido, proporcionándoles triunfos y prosperidades. No prestaron oídos á las palabras de los profetas, y Dios los castigó. Quedáronse sin patria, pero una nacion no perece por la esclavitud, ni proscriben sus derechos por más que dure la tiranía, ni deja de llegar para ella la hora de la resurreccion. En la esclavitud, la profetas procuraron reformar al pueblo con las lecciones de la desgracia; los poetas mantuvieron vivo el ardor nacional, y en vez de cánticos de amor se oía á los judíos repetir en triste coro:

«Junto á los rios de Babilonia nos sentamos y lloramos pensando en tí, ¡oh Sion! En la tierra de la esclavitud suspendimos de los sauces nuestras cítaras. Los que nos llevaban esclavos nos pedían que cantásemos; los que nos arrancaban quejidos de dolor, pretendían de nosotros cánticos de alegría: y cantados, nos decían, los cantares de Sion. ¿Cómo cantar en país extranjero? Si llegara á olvidarte, oh Jerusalem, sea olvidada mi vida; séquese mi lengua, si no me acuerdo de tí, si no me propongo á Jerusalem como objeto principal de toda mi alegría. ¡Oh Señor, acuérdate de los hijos de Edom, que en el luto de Jerusalem decían: «Arrasad, arrasad hasta los cimientos! ¡Oh hija de Babilonia, tú también serás destruida: feliz quien llegue á pagarte el mal que nos has causado; feliz quien llegue á estrellar á tus hijuelos contra las piedras!»

Sin embargo, los babilonios no despojaron á los hebreos de todos los derechos, antes bien les dejaron sus tribunales propios, como lo prueba el caso de Susana, que fué llevada ante los ancianos de su tribu y absuelta por ellos. Podían también adquirir terrenos y obtener em-

pleos. Tobías fué proveedor del rey, el cual le dió libertad para andar por donde quisiese; y de ella se aprovechaba aquel varon piadoso para socorrer á sus hermanos necesitados. Su descendencia fué virtuosa y continuó fiel á Dios. Los hijos de las familias principales eran educados en la corte é instruidos á expensas del rey en todas las ciencias. En éstas llegó á ser famoso Daniel, que se conservó abstinentemente entre los deleites y fiel en medio de la idolatría; por lo cual Nabucodonosor le favoreció sobre todos; recibió de él la explicacion de sueños ininteligibles para sus caldeos, y lo puso á la cabeza de los sabios de Babilonia. No por eso Daniel lisonjeaba las injustas pretensiones ni el orgullo de Nabucodonosor, antes bien conservaba la fé de sus padres y el vivo deseo de volver á su patria; tanto, que cada dia, asomándose tres veces al balcon de su cámara, vuelto á Jerusalem, suspiraba y gemía, suplicando á Dios lo restituyese á su tierra y entre su nacion. Jeremías, que se había quedado en Judea con los mas pobres, lloraba sobre las ruinas de la ciudad santa y decía:

«¡Oh, cómo está sola y desconsolada la ciudad, tan populosa en otro tiempo. La señora de las gentes es ahora viuda y tributaria, y no hay quien la consuele entre sus hijos queridos. Todos sus amigos la abandonaron y se volvieron en su contra. Los caminos de Sion están de luto porque no hay quien venga á sus fiestas desde que el Señor la castigó por sus iniquidades. Los gentiles penetraron en su templo, y mis hijas é hijos fueron llevados esclavos. El Señor, convertido en enemigo, oprimió á Israel, derribó sus murallas, colmó de humillacion á los hijos de Judá, dió al olvido sus festividades y sus sábados; ya no hay ley, ya no visita el Señor á sus profetas. Las doncellas de Sion y los ancianos se sentaron en tierra, se cubrieron de ceniza y se ciñeron de cilicios; el niño de pecho desfallece en las calles. Decían á las madres: ¿Dónde está el pan y el vino? Y en el seno de las madres espiaban. ¿A quién podré compararte, oh hija de Jerusalem, y qué dolor hay que iguale al tuyo? Tus profetas no vieron la verdad, guardaron silencio al observar tus culpas, y no te exhortaron á la penitencia. Ahora el caminante mueve la cabeza al verte y te escarnece

»diciendo: ¿Es esta la ciudad de perfecta hermosura, gozo del universo? Y los enemigos dijeron: Ansiábamos este día, ahora la devoraremos. ¡Oh Señor, mira mi desconsuelo, mira como me han vendimiado. En los santuarios fueron muertos el sacerdote y el profeta; yacían en tierra el anciano y el niño; el hierro dió muerte á los valientes; llamaste á gentes que la asolasen, como si los convidaras á una fiesta. Tendimos la mano al egipcio y al asirio para satisfacer nuestra hambre; las mujeres cocieron y comieron á sus hijos. ¡Oh Señor, ¿nos olvidarás? Bueno es esperar en tí y aguardar en silencio la redencion del Señor. Bueno es que el jóven lleve el yugo en la juventud; se sentará solitario y callará elevándose sobre sí mismo, y cuando brillé la esperanza cerrará la boca y á quien lo hiera ofrecerá la mejilla. Fuimos iníquos en nuestras obras, y sobre todos nosotros cayó el castigo de tu enojo. No cierras los oídos á nuestro llanto. Tú darás el pago á nuestros enemigos, á tí tambien, hija de EDOM, llegará el cáliz y vendrás á quedar ébria y desnuda.»

CAPITULO X.

Artes y cultura de los hebreos.

En la sagrada Escritura encontramos antigua mencion de artes que suponen una civilizacion avanzada. Prescindiendo de la construccion de la Torre de Babel y de las caravanas encontradas por los hermanos de José, desde el tiempo de Abraham se habla de dinero, ofreciendo Eleazar á Rebeca zarcillos del valor de dos siclos y brazaletes que valian diez. Abimelec da á Abraham mil siclos para comprar un velo á Sara, y con otros tantos compra aquel patriarca la sepultura de su familia. Tambien José tenia una túnica de varios colores que excitó la envidia de sus hermanos, y Job compara la vida á la rapidez de la lanzadera.

Con su actividad infatigable y su constante voluntad, supieron los hebreos sufrir desastres que hacen desaparecer á otros pueblos de la superficie de la tierra. A la voz de la patria acudieron siempre con sumo valor, ya cuando conquistaron con Josué, ya cuando bajo el gobierno de los jueces se redimieron de los tributos. La tierra prometida les daba abundantes frutos

para satisfacer sus necesidades; vivos manantiales bajaban de los montes; y abundantes ríos, unidos con las lluvias de primavera y otoño, fecundaban la tierra. Gaza, Ascalon, Sarepta, producian vinos muy buscados por el extranjero; las abejas preparaban en sus valles una miel exquisita; destilábanse preciosos bálsamos en las llanuras de Jericó, célebres por sus rosas; el Jordan y el lago de Genesaret daban abundante pesca; el lago Asphaltites producía sal, y los prados ofrecian alimento á rebaños numerosos. Ahora, desde que la mano del hombre cesó de auxiliar á la naturaleza, son muy diferentes las condiciones de aquel país; pero los hebreos habian, por decirlo así, fabricado el terreno, elevandolo con terrados artificiales hasta la cumbre de sus escabrosas montañas; y así, en un espacio que apenas es como la mitad de la Suiza, lograron mantener una poblacion más numerosa que la de ningun pueblo. En todas partes arboles frutales, nogales, palmeras, higueras, alfónsigos, granados, además del alimento ofrecian la sombra tan deseada en aquel clima abrasador. Hoy la vid casi ha desaparecido, y apenas interrumpen la uniforme aridez del terreno unos cuantos olivos y granados; el mismo Jordan se ha empobrecido y ha cambiado de direccion.

En cambio prestaron poca atencion á las artes mecánicas, abandonando la industria á manos esclavas. Educados en la vida nómada, gustaron siempre de esparcirse entre los pueblos; por más que Moisés procuró desviarles de esta aficion. Aunque poseian diversos puertos, no eran inclinados al comercio marítimo, que se hacia casi solamente por los idumeos. Para la fábrica de su templo, Salomon empleó artistas fenicios; sin embargo, la Escritura nos habla de Beseleel, de la tribu de Judá, y Ooliab, de la tribu de Dan, que sabian trabajar en plata, oro, bronce, mármol, gomas y maderas, y que hicieron en el desierto el Tabernáculo y los vasos sagrados. (Salmo CXXXVI.)

Los hebreos como los egipcios embalsamaban á los personajes principales; y enterraban á la gente del vulgo. Mujeres asalariadas lloraban por el difunto; recitábasele oraciones fúnebres, y cánticos como el de David por la muerte de Saul, y el de Jeremías por el rey Josias. Depositado el cadáver en el sepulcro,

los que habian intervenido en el funeral, se consideraban como contaminados y debian purificarse. El luto iba acompañado de ayuno, no comiéndose sino despues de puesto el sol, y sólo pan, legumbres y agua, encerrándose en casa, sentándose en la ceniza, y en profundo silencio, que no se interrumpia sino con gemidos profundos y rezos de muertos. Esto duraba siete dias. Al final de la misma llanura, al Norte de Jerusalem, se ven todavía sepulcros de gente principal en grutas subterráneas sin aparato alguno exterior, como para recordar que allí concluyen todas las vanidades de la vida. El fondo del valle de Josafat está cubierto de piedras blancas, que señalan el sitio donde duermen los millares de hebreos, que en todos tiempos y de todos países, vuelven á Sion para exhalar el último aliento en la tierra porque siempre suspiraron, en que confian todavía, y á la cual los une á pesar de la universal reprobacion el nudo misterioso de una fé, que no han podido disminuir tantos siglos ni tantas desventuras.

Sus monarcas reunieron inmensas riquezas que guardaban en tesoros, segun todavía se acostumbra en Oriente. David, entre los productos de la guerra, los tributos, el comercio y sus ahorros, reunió la enorme suma de 1,248 millones de francos para la construccion del templo. Del fruto de sus propios campos y de la contribucion que imponian sobre los demas, sacaban los reyes hebreos grandes cantidades; y parece que la renta anual de Salomon ascendia á 46 millones de francos, sin contar los arrendamientos, los derechos de peaje, las gavelas sobre géneros y pasajeros, ni los donativos de los reyes árabes y gobernadores de las provincias. Así la Escritura dice que en su tiempo no se hacia caso en Jerusalem del dinero, pues tan comun se habia hecho.

Tanta riqueza no aprovechaba ni moral ni económicamente á un pueblo pastor y agrícola cuya índole se manifiesta en las imágenes de que está llena su poesia, y en las composiciones que demuestran cómo se conservó la ingenuidad en los campos aun despues de haberse corrompido las ciudades. Véase una pintura de ella en el idilio atribuido á Salomon, titulado y segun la voz hebrea *Cántico de los Cánticos*.

«No mireis que soy morena, dice la pastor-

»cilla; mis hermanos me han puesto á guardar la viña, y la viña no guardé. Oh amado del alma mia, dime ¿dónde apacientas, dónde pasas la siesta? Tú eres de mí tan querido como un racimo de Chipre de las viñas de Engaddi. Hermoso eres, oh amado mio; florido es nuestro lecho; de cedro es el techado de nuestra casa, y de ciprés las vigas. Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi amado entre los demas hombres. A su sombra me senté como deseaba, y su fruto dulcificó mi garganta. Oh, cúbreme de flores porque desfallezco de amor. Que tu mano izquierda sostenga mi cabeza, y tu derecha me acaricie. Esta es su voz: vedlo como viene saltando por los collados como el cabrito. Ya está detrás de nuestra pared mirando por las ventanas, acechando por las celosias...

»Por la noche, en mi lecho busqué al que ama mi alma, lo busqué y no lo encontré. Me levanto y recorro la ciudad; por colinas y plazas busco á mi amado, lo busco y no lo encuentro. Las patrullas me encuentran. Oh, ¿viste á mi dulcísimo? Y lo encuentro y lo abrazo; no lo dejaré hasta que le lleve á casa de mi madre...

»Bajé al huerto de los nogales para ver si estaban hermosas las manzanas, si la vid florecía, si habian brotado los granados. Oh, ven, amado mio; salgamos al campo; vivamos en las granjas; de madrugada recorreremos los campos para ver si de las flores nacen los frutos. Allí te daré dulzura; para tí he guardado las nuevas flores y las antiguas... Oh si fueses mi hermano, oh si te hubieses amantado conmigo á los mismos pechos! Hallándote fuera de casa, te besaria y nadie me culparia por ello. Yo asiré de tí: te llevaré á casa de mi madre, y allí me instruirás, y te daré vino mezclado con jugo de granada. Salomon tiene una viña rodeada de álamos, y la da á guardar, y le dan por sus frutos mil monedas cada año. Téngase él su viña y sus mil monedas y los doscientos que la custodian: eres mi viña tú.»

Y dice el amigo: «Por los cabritos y los cerbatillos de los campos, hijas de Sion, os ruego no inturumpais el sueño de mi amada; de paloma son sus ojos; como el lirio entre espinas, así sobresale entre las doncellas. Levántate y